

Con los sucesos de este libro termina la Historia de la Conquista de México por Solís, que bajo muchos respectos es la mas notable en el idioma castellano. D. Antonio de Solís nació de una familia respetable en Octubre de 1610 en Alcalá de Henares, plantel de ciencias, cuyo nombre en España va unido á los mas brillantes ornamentos, tanto de la iglesia como del estado. Siendo aun muy jóven, dió ya indicios de su futuro genio, especialmente por la viveza de su imaginacion y por su inclinacion á las bellas letras. Mostró una decidida afición á las composiciones dramáticas, y á la edad de diez y siete años compuso una comedia que le hubiera dado nombre aun en edad mas madura. Se entregó luego con empeño al estudio de la Ethica, siendo visibles los frutos de este estudio en las reflexiones morales que dan un carácter didáctico aun á sus mas ligeras composiciones.

A la edad conveniente entró en la Universidad de Salamanca, donde hizo los cursos regulares de derecho canónico y civil. Pero los talentos de Solís se complacian mas con las suaves inspiraciones de las musas, que en la disciplina severa de la escuela; y compuso una porcion de piezas para el teatro, muy estimadas por la riqueza de su diction, y por la ingeniosa y delicada trama de su intriga. Contribuyó sin duda á alimentar en él este gusto por la poesia dramática, su intimidad con el gran Calderon, para cuyas comedias compuso algunas loas ó prólogos. Los delicados modales y los brillantes conocimientos de Solís, le valieron el favor del conde de Oropesa, virey de Navarra, que le nombró su secretario. Las cartas eseritas por él, mientras estuvo en servicio de este noble caballero y otras, han sido en su mayor parte publicadas, siendo muy recomendables por la elegancia y dulzura de expresion, característica de todos los escritos de su autor.

La creciente reputacion de Solís, le atrajo la atencion de la corte; y en 1661 fué nombrado secretario de la reina madre, cuyo oficio no habia querido admitir en tiempo de Felipe IV, y obtuvo la preferencia para el encargo mucho mas importante de historiógrafo de las Indias: nombramiento que estimuló su ambicion llevándole á una carrera mas elevada, diferente de todo lo que hasta allí habia emprendido. Cinco años despues de este suceso, teniendo cincuenta y seis de edad, hubo un cambio muy importante en su vida, pues habiendo abrazado la profesion religiosa, fué admitido á los sagrados órdenes en 1666. Desde entonces cesó todo su trato con la musa cómica, y si hemos de dar crédito á sus biógrafos, se resistió por escrúpulos de conciencia á componer hasta los dramas religiosos llamados *Autos Sacramentales*, aunque la muerte del poeta Calderon le abria ancho campo á este género de literatura; pero parece difícil conciliar tanta delicadeza de conciencia con la publicacion de varias de sus comedias que se verificó en 1681. Sin embargo, no cabe duda en que se dedicó empeñosamente á su nueva profesion, y á los estudios históricos á que le obligaba su empleo de cronista. Al fin, los frutos de estos estudios

fueron dados á luz en su *Conquista de Méjico*, que se publicó en Madrid en 1684. Se dice, que pensaba continuar su obra hasta los tiempos posteriores á la conquista; pero si así fué, desgraciadamente se lo impidió la muerte que le sobrevino cerca de dos años despues de la publicacion de su Historia, el dia 13 de Abril de 1686. Murió de edad de 76 años, muy considerado por sus virtudes y muy admirado por su ingenio; pero en aquel estado de pobreza que es frecuentemente la recompensa del talento y de la virtud.

Se hizo una coleccion de las diversas poesías de Solís y se publicó algunos años despues de su muerte, en un volúmen en cuarto, que despues ha sido reimpresa, pero su grande obra, sobre la que está fundada sólidamente su fama, es su *Conquista de Méjico*. A pesar de que el campo de la historia ha sido recorrido por tantos eminentes ingenios españoles, supo Solís abrirse en él una nueva carrera. Sus predecesores, con todo su mérito, habian mostrado una ignorancia rara de los principios del arte, considerando los escritos históricos, no como un trabajo artístico, sino como una ciencia, tratándola por este lado solamente y separando la historia de su legítimo enlace con las bellas letras. Pensando en la utilidad y no en la belleza, dirigieron sus obras á instruir, mas no á agradar, haciéndolas propias tan solo de los hombres de letras, ansiosos de encerrar, como las abejas, sus conocimientos dentro de una colmena; pero no de la gente desocupada que toma un libro por solaz y por recreo. Tales escritos nunca están en las manos de los mas ni aun de muchos ilustrados, y se relegan al gabinete de los sabios, que penosamente se afanan en buscar la verdad, sin curarse de la grosera cubierta bajo la cual pueda encontrarse. Algunos de los mas distinguidos entre los historiógrafos nacionales, como por ejemplo Herrera y Zurita, á pesar de ser los dos mas notables en Castilla y en Aragon, merecen esta censura. Es cierto que despliegan suma agudeza, gran fuerza de lógica, crítica juiciosa, una paciencia y una industria admirables en la reunion de pormenores de sus voluminosas y variadas compilaciones; pero son lamentablemente defectuosas en todo lo que mira á las gracias de la composicion, á la elegancia del estilo, á la diestra disposicion de la historia y á la eleccion de sus incidentes. Con todos sus altos méritos, intelectualmente considerados, son tan defectuosos por el lado del arte, que ni podrán ser jamas populares, ni serán reverenciados como los grandes clásicos de la nacion.

Solís tuvo la destreza de aprovecharse de aquel campo que sus predecesores habian dejado sin cultivo. En vez de elevarse á una altura, donde necesitaria emplear grandes esfuerzos en generalidades frias y estériles, fijó su atencion en un gran tema que por sus pintorescos accidentes, por los novelescos episodios de la historia, por el caballeresco carácter de los actores y de sus hazañas, que corresponden á los altivos y patrióticos sentimientos de todos los pechos españoles, y que por el brillante contraste que proporciona entre la ei-

vilización europea y los esplendores salvajes de una dinastía india, fuese notablemente acomodado á la ardiente imaginación del poeta. Bajo este punto de vista poético, consideró Solís su obra, distribuyendo las materias con una habilidad admirable, haciendo que los incidentes subalternos conservasen una posición inferior, presentando los sucesos más importantes en un relieve colosal por medio de un estudio cuidadoso de sus proporciones, que dió al conjunto una admirable simetría. En vez de distraer la atención hacia diversos objetos, le presentó una idea grande y predominante que derrama su luz, por decirlo así, sobre la obra entera. En vez de numerosos episodios que á semejanza de ciertas oscuras galerías no conducen á nada, él lleva al lector por el camino real, conduciéndole derechamente al objeto: cada paso que damos en la narración, sentimos que es un adelanto, y la historia nunca falta, nunca se detiene, manteniéndose constantemente la admirable unidad de las partes por medio de la cual, la una arrastra á la otra, y cada acontecimiento precedente prepara el camino para el que sigue. Aun las casuales interrupciones que son la gran piedra de toque del historiador, que no pueden evitarse por la importancia que los sucesos que las causan producen en la historia, son manejadas con tal discreción, que si bien el interés se suspende, jamás se rompe. Tales pausas están á la verdad tan bien colocadas, que sirven de agradable reposo después de las animadas escenas en que el lector ha sido envuelto por largo tiempo, como el viajero abrumado por la fatiga de un viaje, toma aliento en ciertos sitios que por sí mismos serían poco recomendables.

Semeja el interés de esta obra al que produce un gran espectáculo ó un drama bien ordenado, en que una escena sucede á otra escena, un acto á otro acto, aclarando el uno al otro, y preparando el camino el precedente para el que le sigue, hasta que todo se termina por un desenlace grande y decisivo. Solís cierra su historia con la toma de Méjico, que es su desenlace, prefiriendo dejar completa sin interrupción la impresión de ánimo del lector, sin debilitarla con una narración prolongada hasta la muerte del conquistador. Ciertamente Solís ha querido producir este efecto.

El mismo cuidado tuvo con respecto al estilo, que el que mostró en la trama de su historia. Tanta finura y tan variada hermosura y brillantez nos recuerdan aquellas preciosas maderas matizadas, que á virtud de un bruñido extremo presentan á la vista los mil variados tintes de su superficie. Sin embargo, este estilo ha encontrado acogida poco favorable entre los críticos extranjeros, que lo condenan como ampuloso, artificial é hinchado. Guárdense los críticos extranjeros de ingerirse en esta materia, porque la impalpable esencia que rodea el pensamiento, es como una atmósfera que dá á aquel un movimiento y un colorido particular, diversos en cada nación, como las atmósferas que rodean los diferentes planetas de nuestro sistema, y que

requiere ser comprendida para poder interpretar el carácter de los objetos que vemos al través de ella. Solo un nacional puede decidir con alguna confianza sobre el estilo, porque conoce las alusiones casuales y locales que determinan su propiedad y su elegancia, y en opinión de eminentes críticos españoles, el estilo de Solís reclama el mérito de claridad, fluidez, y elegancia clásicas. Aun los extranjeros no pueden ser insensibles á este poder de transmitir una pintura viviente á la vista. Las palabras son los colores del escritor y Solís las usa con el tino de un consumado artista, ya explicando el obscuro tumulto de una batalla, ya refrescando el ánimo por medio de escenas de una magnificencia tranquila ó de una suave y reposada fruición.

Solís se formó hasta cierto punto por los modelos históricos de la antigüedad, é introdujo en boca de sus personajes, discursos de su propia composición, cuya práctica está bien fundada en la autoridad, tanto de los modernos como de los antiguos, especialmente entre los principales historiadores italianos, y tiene las ventajas de poner al escritor en aptitud de transmitir los sentimientos de sus personajes, dándoles una forma dramática y de mantener así el encanto de la ilusión histórica, sin introducirse nunca la propia persona del historiador. Tiene además otra ventaja, y es, la de poder manifestarse los sentimientos propios del autor bajo la máscara de su héroe, produciendo así más efecto, que si los introdujese dándolos como suyos. Pero para el que esté acostumbrado á la escuela de los mejores historiadores ingleses, esta práctica parece poco satisfactoria y desagradable, porque hay en ella una especie de decepción, no pudiendo el lector determinar cuáles son los sentimientos característicos de los personajes históricos, y cuáles los del autor. La historia parece novela, y el lector descarriado anda errante á una luz incierta, dudando si sigue las huellas de la realidad ó de la ficción.

Hay todavía otra objeción, cuando esa práctica viola la exactitud de las costumbres. Nada es más difícil que conservar la propiedad de la época, cuando se coloca lo nuevo sobre lo antiguo, la imitación de la antigüedad sobre la antigüedad misma. Las declamaciones de Solís son inapreciables como modelos de elocuencia; pero frecuentemente están mal colocadas, y los groseros personajes cuyas bocas las producen, son demasiado pequeños, y les sientan tan mal como á los héroes romanos la peluca á la moda y la espada con que se pavoneaban en el teatro francés en el tiempo de Luis XIV.

No es fácil hablar sobre el mérito de las investigaciones hechas por Solís para la composición de su obra, porque careciendo absolutamente de notas y de citas, es imposible seguir la huella del moderno autor, hasta la fuente de donde bebió sus materiales, porque no era esa la costumbre de aquella época. Las gentes de aquellos tiempos y aun de los precedentes, se con-

tentaban con los hechos, que creían bajo la palabra del autor, sin que pretendieran investigar por qué afirmaba una cosa y por qué ponía en duda otra, ni saber si su historia descansaba en la autoridad de un amigo ó de un enemigo, si el escritor estaba bien ó mal informado; en una palabra, creían sin pedir la razón, contentándose con tenerlo todo por cierto. Esto era muy cómodo para el historiador; así se libertaba de un inmenso trabajo, y era imposible descubrir sus errores, ó á lo menos su negligencia, para todo el que no fuese caminando cuidadosamente por el mismo sendero que él. Los que hayan tenido ocasión de hacerlo con Solís, no formarán una idea muy favorable de la extensión de sus investigaciones, y se convencerán, de que aunque su empleo le hacía accesibles los más preciosos archivos del reino, raramente ocurre á los documentos originales, contentándose con los más fáciles y que tenía más á la mano; rara vez distingue el testimonio de un contemporáneo, de otro más moderno; en una palabra, en todo lo que constituye el mérito científico de la historia, es muy inferior á su sabio predecesor Herrera, á pesar de haber sido tan rápida la composición de este último.

Las preocupaciones, ó más bien el fanatismo de Solís, prestan mérito para otra objeción. Él estaba poseído, aunque á la verdad, en unión de muchos de sus compatriotas, de aquel defecto tan contrario al espíritu filosófico, que debe presidir las tareas del historiador. Solís lo llevó hasta un grado muy alto, teniendo la desgracia de que el asunto, que era una lucha entre cristianos é infieles, naturalmente lo arrastró á desarrollar completamente este defecto. En vez de mirar á los engañados gentiles con aquel grado de aversión que generalmente se les tenía en la Península después de la toma de Granada, él los considera como parte de la gran liga de Satanás, y que obraban, no solo por la inspiración y bajo la invisible influencia del príncipe de las tinieblas, sino llevando personal comunicación con él: en una palabra, como su milicia regular y organizada. Bajo tal concepto, cada acto de los desgraciados enemigos era un crimen; sus buenas acciones son representadas con inexactitud ó como derivadas de causas viciosas: porque ¿cómo podía nacer ningún género de bondad del espíritu del mal? No puede darse mejor demostración de los resultados de este modo de pensar, que el desacertado retrato que el historiador nos ha dejado de Montezuma, aun ya moribundo. La guerra de la conquista fué en opinión del historiador un conflicto entre la luz y las tinieblas, entre el bueno y el mal principio, entre los soldados de Satanás y los caballeros de la Cruz: fué una guerra sagrada, en la cual, la santidad de la causa borró los pecados de los conquistadores y hasta el más obscuro de los soldados que allí perecieron, todos merecían la corona del martirio. Con preocupaciones tan apasionadas, ¿qué lugar quedaba para una crítica imparcial, que es la alma de la historia?

La presuntuosa parcialidad del historiador hacia los conquistadores, es lle-

vada muy lejos por aquellos sentimientos de patriotismo bastardo, que identificando la gloria del escritor con la de sus compatriotas, le ciegan respecto de sus errores. Esta parcialidad se muestra especialmente respecto de Cortés, que es el héroe. Las luces y las sombras de la pintura están todas dispuestas con relación á este principal personaje: sus buenas acciones ocupan ostentosamente el primer término del cuadro, y las malas apenas se distinguen en lontananza. Solís no paró aquí, sino que glosando artificiosamente, lo peor lo hace aparecer lo mejor, excitándonos á la admiración hacia su héroe, hasta por sus mismos crímenes. Ninguno, ni aun el mismo Gomara, es tan entusiasta admirador de cuanto pertenece al gran general; y cuando sus miras se encuentran contradichas por los asertos del sincero Díaz, es seguro que Solís ha de hallar algún motivo para atribuir la diferencia á alguna siniestra intención del veterano, porque Solís conoce más á Cortés y sabe más de sus acciones y de las causas de ellas, que su compañero de armas y que su capellan y admirador.

Así ha presentado Solís una hermosísima imagen de su héroe; pero como héroe de novela, es un personaje sin tacha. Un eminente crítico castellano recomienda á Solís por haber escrito su historia con tal arte, que es un panegírico. Esto puede ser cierto; pero si la historia es un panegírico, un panegírico no es la historia.

Sin embargo, con todos estos defectos, cuya existencia no puede negar ningún crítico, la historia de Solís ha sido tan favorecida por sus propios compatriotas, que ha sido impresa y reimpressa con todo el refinamiento del lujo tipográfico. Ha sido traducida en los principales idiomas de Europa, y tan encantadora es su composición, y tan bien acabada como obra artística, que indudablemente durará mientras existan el idioma en que está escrito, y el recuerdo de los hechos á cuya memoria está dedicada.

También aquí debemos despedirnos del padre Sahagún, que nos ha acompañado en toda nuestra narración. Como sus noticias se fundan en las tradiciones de las gentes del país contemporáneas de la conquista, son de grande importancia, para corroborar ó para contradecir los asertos de los conquistadores; pero su mérito á este respecto está debilitado por el extravagante y desatinado carácter de muchas de las tradiciones aztecas, tan absurdas ciertamente, que llevan en sí mismas su refutación. Donde las pasiones obran, no hay absurdo que no se crea.

El libro 12.^o ó sea originalmente el 9.^o, como se dice en el prefacio de su historia de la Nueva España, es el destinado para la relación de la conquista. En 1585, treinta años después de la primera edición, enmendó esta parte de su grande obra, moviéndole á ello, como él mismo dice, el deseo "de corregir los defectos de la primera relación, en la cual se encuentran cosas que hubiera sido mejor omitir, y se omitieron otras que debie-

“ron recordarse (*).” Era de suponerse que la censura que el misionero habia atraído sobre su cabeza por su sincera relacion de las tradiciones aztecas, le haria mas circunspecto el revisar su primera narracion; pero no fué así, ni aun hizo el menor esfuerzo para mitigar los cargos mas fuertes contra sus compatriotas. Como esta copia manuscrita ha sido la que el mismo autor juzgaba mas correcta despues de su última revision, y como es mas copiosa que la relacion impresa, me he guiado generalmente por aquella.

El Sr. Bustamante se equivoca suponiendo que la edicion de su libro XII que publicó en México en 1829, está sacada de la copia corregida por Sahagun. El manuscrito citado en esta obra, es ciertamente sacado de esa copia, porque en el prefacio mismo, como hemos visto, el autor lo declara así; pero en cuanto al intrínseco valor de ambos, hay muy corta diferencia.

(*) “En el libro nono, donde se trata esta Conquista, se hicieron ciertos defectos y fué que algunas cosas se pusieron en la narracion de esta Conquista que fueron mal puestas; y otras se callaron, que fueron mal calladas. Por esta causa este año de mil quinientos ochenta y cinco enmendé este libro.” MS.

LIBRO VII.

CONCLUSION.—CARRERA POSTERIOR DE CORTES.